

SIN ESCESO DE PESO se viaja con las maletas, baliijas y mundos de la fábrica, Duque de la Victoria, 15, esquina Canuda.

FRANCISCO ROSÉS PADROSA

(Sucesor de Xirinachs)

ha trasladado su despacho de la fábrica de galones y demás artículos de Oro y Plata, á la

Plaza Nueva, núm. 11.

**BAÑOS
DE
RIBAS.**

ESTABLECIMIENTO MONTAGUT.

Aguas bicarbonatadas para el estómago, hígado y demás abdominales. En vista de las varias cartas recibidas pidiendo si hay habitaciones disponibles debe manifestarse que, á pesar de la grandísima concurrencia quedan aún algunas habitaciones.

EL ALMA CASTELLANA.

Si por alma puede entenderse la intensificación espiritual de la vida material, el señor Martínez Ruiz ha estado muy acertado en poner al libro que acaba de publicar en Madrid este título: *El alma castellana*.

El señor Martínez Ruiz ha procedido de este modo: ha tomado la vida castellana en la madurez completa—y aun algo más que completa—de su historia (1600-1800); la ha tomado en documentos de la época; ha extraído y agrupado de éstos lo más vivo, lo de mayor significación, y en un estilo conciso y palpitante—que es hasta raro en la moderna literatura castellana—nos ha dado una clara imagen de la vida de aquel pueblo: tan clara y tan viva que transparenta el alma.

«La historia es arte de nigromántico—dice el autor en alguna parte de su libro—: toda historia puede ser de diferente manera de como es. Los pequeños hechos tienen eso: que se prestan á todo. Son como las diminutas piezas de los mosaicos: se puede formar con ellos mil combinaciones y figuras. En España, por ejemplo, podría demostrarse que la literatura del *siglo de oro* decayó por la Inquisición; que esa misma literatura floreció por la Inquisición; y que la Inquisición no tuvo nada que ver con la literatura. Los pequeños hechos por sí no dicen nada; el arte está en escogerlos, agruparlos, generalizarlos, agrandarlos, hacerles decir lo que el historiador quiere que digan. He aquí la nigromancia.»

Pues bien, el señor Martínez Ruiz es un gran nigromante y, en general, un nigromante despreocupado; es decir, que no se propone hacer ver ni más ni menos que lo que ve, y ve algo de la realidad fundamental de las cosas. Hemos dicho *en general* porque en algún momento, y precisamente en lo que á la Inquisición se refiere, parece notarse en el señor Martínez Ruiz algo así como una apasionada crueldad de presentación; pero, aparte de esto, y aun con esto, la evocación del alma castellana es poderosa y certera.

El libro se lee con avidez, y de su acerado estilo surge Castilla con sus inacabables y polvorientos llanos abrasados por el sol, sus raros pueblecillos parduscos, los muros bermejos de viejo castillo moruno, sus casas de labor solapadas entre los olmos y dormidas en el bochorno de la siesta, y sus ventas destartalladas con anchísimos patios.

Surge el castellano, noble, ocioso, pobre, vanidoso, allivo. «Era muy común gastar doscientos, trescientos ó más ducados en un vestido», dice el autor tomándolo de Flores y refiriéndose á principios del *siglo xvii*. «Cuarenta y cuatro reales daba el alcalde de Córdoba á su criado Alonso para gasto de toda la semana», ha dicho antes citando á Jerónimo de Alcalá. Surge el teatro español, los cómicos corriendo aventuras por las ventas, y la vida picaresca.

«Las almas más enérgicas, más grandes, más españolas de los siglos pasados

están en los conventos. Lecciones provechosas, fecundas lecciones de fe y entusiasmo puede tomar el artista en las vidas de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Juan de Avila, Alvaro de Córdoba, Luis de Granada. Todo el genio de la raza está aquí. No es inactivo, silencioso y absorto en los grandes claustros solitarios el misticismo español; es religion batalladora, inquieta, andariega, proselitista; peregrina en largos viajes, predica en campos y ciudades, funda monasterios, reforma órdenes, combate la herejía, mantiene perpetua batalla contra las pompas y lacerías del mundo.» Así empieza el capítulo IX del *El alma castellana*; y realmente la energía inquieta y menospreciadora de lo terrenal parece la nota característica de aquel pueblo, grande á fuerza de ser aventurero. Esto es lo que da unidad á las diferentes manifestaciones de su vida, desde la del fraile fundador que muere en olor de santidad, hasta la del pícaro que acaba en la horca arrogantemente.

Y he aquí la observacion del señor Martínez Ruiz, que tenemos por exactísima: que la literatura, espresion del alma del pueblo, es en Castilla literatura de acción; que por esto lo que sobresale en ella y le da fama universal es el teatro. «No ven—dice—la poesía íntima de la naturaleza, ni perciben las misteriosas relaciones de las cosas. La vida es acción, y tanto mas admirable será la obra de arte cuanto mas rápida, complicada y peregrina sea la acción. En vano buscaremos en el teatro sencillez y verdad. Hay comedia que acaece en Lisboa, Santa Fe, Granada, Barcelona, Guanahani, en medio del mar y en el aire; en otras dura la fábula doscientos años..... Lo que importa es que los personajes se muevan, que ocurran acontecimientos maravillosos, que las aventuras sucedan á las aventuras..... El mismo impulso de la acción lleva á nuestros antiguos poetas al culteranismo. Causa aparente del culteranismo es el afán exagerado de elegancia en el estilo; causa interna y verdadera es la necesidad de movimiento. Aguzar el ingenio es vencer obstáculos; desenvolver inacabable serie de imágenes y conceptos es ejercitar la fuerza y la destreza. El culteranismo es la mas alta espresion del movimiento en el lenguaje.»

Esta vocacion por la acción, signo principal de las razas grandes, el señor Martínez Ruiz nos la muestra en la castellana por síntesis admirable. Lo que despues de ello interesaria determinar es la naturaleza especial de aquella gran cualidad en el pueblo castellano: por qué defecto, por qué debilidad, por qué extravío, aquella energía ha malparado dejando de evolucionar en lo moderno.

Algo se puede adivinar de ello en la pintura que, despues de la del clásico siglo xvii, hace el señor Martínez Ruiz del siglo xviii en España. En ella se ve que, por un lado, las costumbres decaen y se afeminan, y por otro el espíritu científico que invade Europa penetra tambien en España, produce hombres eminentes como Feijóo, Mayans, Rodríguez, Sarmiento, etc., se convierte en moda entre la aristocracia que gusta de citar Descartes y Newton en tertulias y hasta en los tocadores de las damas, y remueve la masa del pueblo.

Y entonces presenta el autor la anomalía dentro de la cual se esconde quizás el secreto de la decadencia española. «Aumenta la libertad en las ideas y en las costumbres—dice—; aumenta al propio tiempo en los gobernantes la opresion. Todo se reglamenta, se inspecciona, se prohíbe... No se permite hablar de política en fondas ni cafés, ni jugar á los naipes, ni leer gacetas ú otros papeles público, *ni tampoco fumar*; obligase en algunas partes á los vecinos á encerrarse en sus casas á la hora de la queda; en otras á no salir á la calle sin luz, á no pararse en las esquinas. Se dirá que todo se sufre—añade citando á Jovellanos—, pero se sufre de mala gana; todo se sufre, pero ¿quién no temerá las consecuencias de tan largo y forzado sufrimiento?»

Se siente en esto un divorcio muy marcado entre el país y sus elementos directores que hace sospechar en el pueblo español una cierta ineptitud en producirlos adecuados á su temperamento y á las necesidades de los tiempos. Esta ineptitud en medio de tan grandes cualidades pudiera muy bien ser el genio malo de España y la causa de todas sus decadencias.

Porque talcausa no puede ser una simple cuestion de régimen político. «El conflicto estalla; la monarquía absoluta pasa á la historia», concluye el señor Martínez Ruiz despues del párrafo antes citado.

Sí; la monarquía absoluta pasa á la historia; pero ¿y después?

El señor Martínez Ruiz queda en debernos una segunda parte de su estudio

«El alma castellana en el siglo XIX». Puede hacerla, y puede hacerla muy provechosa para España.

Y si así como él ha sabido revelar el alma castellana, que indudablemente ha podido llamarse el alma española por muchísimo tiempo, se encontrara quien supiera buscar otras, ocultas siglos ha por los espacios de la Península ibérica, quizás combinándolas, los españoles adquiriéramos conciencia de una alma nueva que buena falta nos hace.

J. MARAGALL.

LA GUERRA ANGLO-BOER.

(Situación de los beligerantes.— Observaciones finales.)

Ni la anexión á la colonia del Cabo de la república de *Orange*, ni la ocupación de *Pretoria*, han logrado poner término á la campaña del Africa austral. Los boers siguen resistiéndose y dando qué hacer á los ingleses; Dewett, perseguido por multitud de columnas, ha logrado, no solo esquivar la persecución, si que tambien apoderarse de un tren y su escolta. En los alrededores de *Pretoria* ocurren continuos combates en que no siempre los ingleses llevan la mejor parte. La prensa inglesa manifiesta el malhumor que causa una campaña de cerca de once meses de duración, y que aun no se sabe cuándo acabará; no falta periódico que aconseje sustituir á lord Roberts por Dewett. El general Carrington, que desembarcó en Beira á mediados de abril, ha parecido, por fin, en la frontera Norte del *Transvaal*, sin que sea posible aun comprender qué ventajas ha obtenido la columna que bajo sus inmediatas órdenes ha dado tan largo rodeo.

Claro es que todos los triunfos mas ó menos importantes alcanzados por los boers, y su prolongada resistencia, no podrán impedir el triunfo definitivo de Inglaterra, para cuya nación ha sido suerte extraordinaria el no verse envuelta simultáneamente en otro conflicto. De todos modos la guerra anglo-boer por no ser ya de dudoso resultado, por el carácter de languidez que ha de presentar en adelante, por su mucha duración, y por estar pendiente la opinión pública de todos los países de los sucesos que en China se desarrollan, ha perdido casi todo el interés que despertó en su periodo álgido. Por tales razones creemos oportuno poner término con éste á la serie de artículos que le hemos dedicado, esponiendo como resumen y consecuencia de ellos algunas consideraciones.

Fijándose en el estudio de las consecuencias que de esta campaña pueden deducirse, cabe protestar desde luego contra la exagerada idea de que para obtener en la guerra éxitos decisivos basta reunir en un momento dado unos cuantos tiradores excelentes, armados con los fusiles mas perfectos. Prescindiendo de qué en la mayor parte de los países será difícil no solo encontrar ya formados, sino aun formarlos, un conjunto de tiradores como los boers, es facil ver que la guerra no puede reducirse en modo alguno á un simple *sport* cuyo exclusivo objeto sea *la caza* del hombre. Las victorias no han de reducirse á causar bajas al enemigo, y son inútiles si no se saca fruto de ellas. Cuando las fuerzas de los ingleses eran aun escasas, una vez encerrado en Ladysmith el general White, tenían los boers elementos suficientes para, sin descuidar el cerco de aquella plaza, seguir el avance, llegar hasta Durban é impedir, ó por lo menos molestar el desembarco de los ingleses. Es sorprendente que el ejército inglés, batido en Spionkop, y teniendo que pasar en retirada un rio de alguna importancia, el *Tugela*, pudiera salvarse. A no carecer los boers de la cohesión y disciplina que forman la base de los verdaderos ejércitos, el de Buller quedara entonces destrozado é igual suerte le hubiera cabido en Maggersfontein al de lord Methuen.

Los desastres sufridos por los ingleses al principio de la campaña se debieron no solo á la escasa capacidad de los generales, sí que tambien á la defectuosa organización del ejército británico que se halla principalmente preparado para expediciones coloniales que no exijan fuerzas numerosas. Puede decirse que la unidad superior es el regimiento, y aun que está prevista la formación de divisiones y cuerpos de ejército, hay que improvisarlos en el momento de la campaña, poniendo en contacto multitud de elementos que se desconocen mutuamente. Esto unido á los defectos ya indicados en otro artículo, dió al ejército inglés cierto carácter de improvisación que no fué favorable para el buen éxito de las